

“En busca de la Trinidad” (De Trinitate, libro IX, capítulo I)

https://www.augustinus.it/spagnolo/trinita/trinita_09_libro.htm

1. Andamos, es cierto, buscando, no una trinidad cualquiera, sino la Trinidad que es Dios; verdadero, sumo y único Dios. Tú que esto oyes espera: aun andamos buscando, y nadie con razón reprende al que se afana en tal empeño, siempre que busque, firme en la fe, algo que es muy difícil de conocer o expresar.

El que vea o conozca mejor, puede reprender con motivo al que inconsideradamente asevera. Buscad, dice el Salmo, a Dios, y vivirá vuestra alma. Y para que nadie con temeridad se ufane de haber encontrado, añade: Buscad siempre su rostro. Dice el Apóstol: Si alguno se imagina saber algo, todavía no sube como conviene saber; pero el que ama a Dios es conocido por Él. No dice que conoce a Dios: sería presunción peligrosa; sino que dice: es conocido por Él. Y habiendo dicho en otro lugar: Ahora habéis conocido a Dios, como corrigiendo su expresión, añade al momento: O mejor, habéis sido conocidos por Dios.

Y sobre todo en aquel pasaje: Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado (la perfección), pero, dando al olvido lo que atrás queda, me lanzo a la conquista de lo que tengo delante p corro hacia la patina de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Todos los perfectos hemos de sentir esto mismo. Perfección llama en esta vida al olvido de lo que atrás queda y al avance intencional hacia la meta que delante tenemos. La intención del que busca, vía os de seguridad hasta alcanzar aquello hacia lo que nosotros tendemos y por lo que somos como extendidos. Pero la intención, para que sea recta, ha de partir de la fe. La fe cierta es principio siempre de conocimiento; pero nuestra ciencia sólo se perfecciona después de esta vida, cuando veamos a Dios cara a cara. Tengamos esto presente, y conoceremos que es más seguro el deseo de conocer la verdad que la necia presunción del que toma lo desconocido como cosa sabida. Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia.

No dudemos como infieles de las verdades que se han de creer ni afirmemos con temeridad sobre las verdades a comprender: en aquéllas hemos de seguir la autoridad, en éstas se ha de buscar la verdad. Por lo que a nuestra cuestión se refiere, creamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, Creador y Rector de todo lo existente; que el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo, y que la Trinidad consiste en una mutua relación personal y en la unidad de esencia. Tratemos de comprender esto implorando el auxilio de aquel a quien comprender intentamos, con la ilusión de poder explicar -en la medida que Él nos lo otorgare-, con diligencia suma y piedad solícita, cuanto entendamos, para que, si afirmamos una cosa por otra, nada indigno digamos. Por ejemplo, si decimos del Padre lo que en sentido estricto al Padre no conviene, que al menos sea aplicable al Hijo, o al Espíritu Santo, o a la Trinidad; y si algo afirmamos del Hijo y no conviene propiamente al Hijo, que se pueda aplicar al menos al Padre, o al Espíritu Santo, o a la Trinidad; y si algo aseveramos que no armonice con la apropiación del Espíritu Santo, no sea, sin embargo, ajeno al Padre, o al Hijo, o al Dios uno y trino.

Deseamos ahora saber si el Espíritu Santo es en sentido propio caridad incomparable, pues si no lo es, entonces lo será el Padre, o el Hijo, o la Trinidad; porque no podemos

contradecir la certeza de la fe ni la autoridad inconcusa de la Escritura, que nos dice: Dios es caridad. Pero nunca cometamos el sacrílego error de atribuir a la Trinidad lo que conviene a la criatura, no al Creador, o lo que es tan sólo un vano engendro de la imaginación.

2. Si esto es así, fijemos nuestra atención en las tres cosas que nos parece haber descubierto en nosotros. No hablamos aún de las cosas de allá arriba, no nos referimos aún al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino a esta imperfecta imagen, pero al fin imagen; es decir, al hombre; estudio quizá más familiar y asequible a la debilidad de nuestra mente.

Heme aquí, yo que busco, cuando amo algo existen tres cosas: yo, lo que amo y el amor. No amo el amor, sino amo al amante; porque donde nada se ama no hay amor. Luego son tres los elementos: el que ama, lo que se ama y el amor.

Mas ¿qué decir si sólo a mí mismo me amo? ¿No serán entonces dos: lo que amo y el amor? Cuando uno se ama a sí mismo, el que ama y lo que ama se identifican, como se identifican también el amar y el ser amado cuando uno se ama a sí mismo. Cuando se dice que se ama y es amado por sí mismo, se repite la misma cosa dos veces. Entonces no son dos realidades amar y ser amado, como tampoco son dos cosas diferentes el amante y el amado. Mas el amor y el objeto amado son también aquí dos realidades distintas. Amarse a sí mismo no es amor, si no se ama el amor. Una cosa es amarse a sí mismo y otra amar su amor. No se ama el amor sino cuando se ama; porque cuando no se ama, no hay amor, En consecuencia, cuando uno se ama a sí mismo, hay dos realidades en él: el amor y el objeto amado. Y entonces el que ama y el amado son uno.

Por consiguiente, parece ilógico decir: "Dondequiera que exista el amor, hay tres realidades". Prescindamos en esta consideración de los múltiples elementos constitutivos del hombre, y en fin de poner en claro, si posible es en estas materias, el problema que nos ocupa, tratemos solamente del alma (mens).

La mente, cuando se ama a sí misma, evidencia dos cosas: la mente y el amor. ¿Qué es amarse sino un querer estar en presencia de sí mismo para gozar de sí? Y cuando quiere ser tanto como es, entonces la voluntad adecua a la mente y el amor es igual al amante. Y si es substancia el amor, ciertamente no es cuerpo, sino espíritu; y espíritu es la mente, no cuerpo. Con todo, la mente y el amor son un espíritu, no dos espíritus; una esencia, no dos esencias; sin embargo, el amante y el amor, o dicho de otra manera, el amor y lo que se ama, son dos realidades que forman una cierta unidad, y ambas dicen relación mutua. El amante dice relación al amor, y el amor al amante. El que ama, por amor ama, y el amor pertenece a alguien que ama.

Mente y espíritu son términos esenciales, no relativos. Ni por el hecho de ser la mente espíritu del hombre es mente y espíritu. Abstracción hecha de lo que es el hombre, pues lo es por la adición de su cuerpo; abstracción hecha del cuerpo, permanece la mente y el espíritu: si prescindimos del amante, no existe el amor, y desvanecido el amor, desaparece el amante. Por ende, en cuanto dicen habitud mutua, son dos realidades; en sí considerados, son un espíritu ambos, y cada uno un espíritu; cada uno es mente y los dos una mente. ¿Dónde, pues, encontrar la Trinidad? Reconcentremos nuestra atención e imploremos el eterno esplendor para que ilumine nuestras tinieblas y veamos en nosotros, en La medida que nos fuere otorgado, la imagen de Dios.

3. *La mente no puede amarse si no se conoce; porque ¿cómo ama lo que ignora? Hablaría a tontas el que afirmase que la mente, en virtud de cierta analogía general o específica, cree que es tal como por experiencia sabe que son las otras, y por eso se ama a sí misma. ¿Cómo puede la mente conocer otra mente si se ignora a sí misma? No se diga que la mente se ignora a sí misma y conoce a las demás, como ve el ojo del cuerpo los ojos de los demás, pero no puede verse a sí mismo. Con los ojos del cuerpo vemos los cuerpos. Los rayos que ellos emiten, y que tocan cuanto vemos, no podemos hacerlos refractar y rebotar sobre ellos mismos si no es cuando miramos un espejo. Cuestión ésta muy sutil y oscura, mientras no se demuestre que la realidad es o no como pensamos.*

Pero de cualquier modo que se haya la potencia visiva, ora sea irradiación, ora otra cosa diversa, no la podemos ver con la vista, sino que la debemos buscar con la mente, y, si es posible, con la mente llegaremos a comprenderla. Percibe la mente, mediante los sentidos del cuerpo, las sensaciones de los objetos materiales, y por sí misma los incorpóreos. En consecuencia, se conoce a sí misma por sí misma, pues es inmaterial. Porque, si no se conoce, no se ama.

4. *Cuando la mente se ama existen dos cosas, la mente y su amor, y cuando la mente se conoce hay también dos realidades, la mente y su noticia. Luego la mente, su amor y su conocimiento son como tres cosas, y las tres son unidad; y si son perfectas, son iguales. Si la mente no se ama en toda la extensión de su ser: por ejemplo, 51 g alma humana se ama como se ha de amar el cuerpo, siendo ella superior al cuerpo, peca, y su amor no es perfecto. Y si se ama más allá de las fronteras del ser, es decir, si se ama como sólo Dios ha de amarse, siendo ella infinitamente inferior a Dios, peca en exceso y no se ama con amor de perfección. Y su malicia y perversidad es completa si ama a su cuerpo como sólo a Dios se ha de amar.*

Asimismo, si el conocimiento es inferior al objeto conocido, cuando éste es plenamente cognoscible, no es perfecto. Empero, si es más excelente, entonces la naturaleza que conoce es superior a la naturaleza conocida; así es superior el conocimiento de un cuerpo al cuerpo mismo, objeto de dicho conocimiento. El conocimiento es una especie de vida en la mente del que conoce; el cuerpo no es vida; y una vida cualquiera es siempre superior al cuerpo, no en mole, sino en virtud. Pero la mente, cuando se conoce, no es superior a su conocimiento, pues ella conoce y se conoce. Y cuando se conoce toda y ninguna otra cosa con ella, su conocimiento es igual a ella, pues cuando se conoce, su conocimiento no lo saca de otra naturaleza; y cuando totalmente se conoce y ninguna otra cosa percibe, no es ni mayor ni menor. Con razón, pues, dijimos que estas tres cosas, cuando son perfectas, son, en consecuencia, iguales.